

gramas de enseñanza», el profesor Cãstro se apoya en la actual Constitución Política, que dice: «La religión católica, apostólica, romana, es la del Estado», y analiza lo que se impone al magisterio primario. . .

Pero conviene observar que su crítica, primeramente destructora, resulta luego constructiva, puesto que expone su racional Programa, y termina así:

«Una enseñanza verdaderamente pedagógica, racional, tiene que ser esencialmente religiosa, para que resulte educativa, tanto en lo físico como en lo intelectual y lo moral».

Fuerte aparece, de verdad, la dialéctica del segundo punto; pero «El dedo en la llaga» me parece a mí el eje de este pequeño mundo pedagógico, firme con lo dicho irrefutable por el Sr. Aragón: «para salir del caos en que se encuentra nuestra enseñanza popular», y por el señor Rucavado: que «tiene noticias confirmadas con los hechos, de que el estado en que se encuentra la enseñanza primaria no es halagador y que cada año se va de fracaso en fracaso» . . .

En seguida expone el autor la parte positiva de su crítica, puntualizando los conceptos fundamentales de una pedagogía racional y práctica de contado, para venir a terminar, en consecuencia de su alegato, con esta lastimosa exclamación: «¡Pobre juventud!»

Bien podrá ser que haya cosas de más bulto en los cinco capítulos restantes; pero este pequeño bibliógrafo no debe seguir en su puntualización del todo, y basta lo dicho, además, para que se conozca la obrita y sea buscada de los curiosos.

Todos deberían serlo, a mi parecer, en una Democracia que mirase por sí, formal y fundamentalmente, para no envejecer sin pasar por la vida—que tanto vivió la de Atenas, antes que ñor Demos chocheara y se hiciese digno de Aristófanes y la paila del Choricero—.

VAL. F. FERRAZ

1.º de Junio de 1918.

Esta nota bibliográfica llegó a nuestra mesa hace más de un mes. Demoramos su publicación hasta hoy, porque deseábamos conversar antes con el Dr. Ferraz acerca de algunos temas de los tratados por el señor Castro. Ha pasado nuestro deseo. Bástenos hacer constar que encontramos más de una contradicción capital en los escritos del laborioso profesor. Por ejemplo, ¿cómo pueden compaginarse el antiestatismo en materia de enseñanza—que es la más importante materia—y la admiración fervorosa hacia el Estado prusiano? ¿Y cómo puede una enseñanza verdaderamente racionalista ser a la vez esencialmente católica?

El Dr. Ferraz es hasta cierto punto antiestatista, nada prusiano; es católico, no luterano, y se contenta con ser RACIONAL simplemente, admirablemente.